

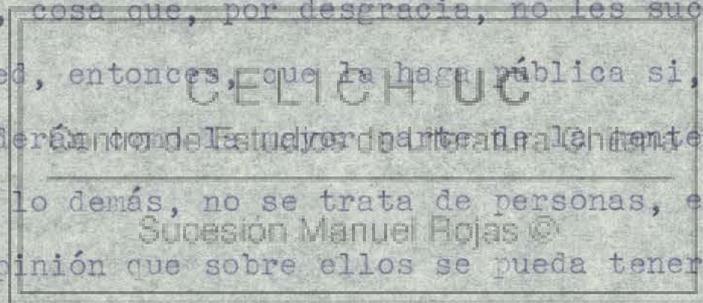
Dialoguito

--Usted es un derrotista.

--¿Derrotista, yo? Hombre, ¿y por qué?

--Porque usted, además de negar su adhesión a los actuales candidatos a la presidencia de la república, se niega a decir cuál es, a su juicio, la persona que debería ocupar ese cargo o qué virtudes o condiciones debería tener el hombre que lo ocupara. Usted sabe, como todo el mundo aquí, que el país debe elegir un presidente, ¿verdad? Pues bien, usted debe contribuir, con su juicio o su adhesión. De otro modo, es usted un derrotista.

--Pero, mi querido señor, mi opinión respecto al asunto presidencial no tiene importancia sino para mí mismo. Es casi una cuestión de conciencia, cosa que, por desgracia, no les sucede a todos. ¿Por qué quiere usted, entonces, que la haga pública si, diga lo que diga, las cosas sucederán como la mayoría de la gente de Chile desea que sucedan? Por lo demás, no se trata de personas, es decir, de candidatos ni de la opinión que sobre ellos se pueda tener -- ninguna será mejor que la que ellos mismos tienen --. Tampoco se trata de las virtudes o condiciones que deban tener. Se trata, únicamente, de formas de gobierno o, para ser más claro, de maneras de gobernar. ¿Entiende usted?



--No mucho.

candidato

--La forma de generar un ~~presidenciamiento~~ que padecemos actualmente en Chile -- por medio de la elección de ~~unos~~ partidos -- y la forma en que ese candidato gobierna cuando llega a ser presidente ~~así como el modo de gobernar~~ -- gobierno de partidos -- es funesta para este y para cualquier país. Siendo así, ¿qué importa uno u otro candidato ni las condiciones o virtudes que tenga? ¿Qué importa un santo, un bandido o un cretino, si los tres se van a encontrar delante de una muralla china imposible de escalar o derribar, muralla china que forman los mismos que lo han elevado y lo acompañan en el gobierno?

--Pero los presidentes pueden...

--Está visto que no pueden. Recuerde usted lo que contaba don Calve-  
rino Gallardo Nieto en un artículo en que recordaba a don Pedro Aguirre  
Cerdea: el presidente se quejaba, en la intimidad, de que los partidos  
que lo habían llevado al poder no lo dejaban gobernar. ¿Es así o no es  
así?

--Sí, así es. Pero don Pedro pudo haberse desentendido de esos par-  
tidos y gobernado sin ellos.

--No pudo, sin embargo, y, según el artículo de que he hablado, mu-  
rió en esa lucha.

--Pero, entonces, ¿qué propone usted?

--Yo no propongo nada. Me gustaría, sí, que los presidentes fueran  
elegidos por lo que representan <sup>por</sup> ~~mi~~ sí mismos y no por los votos que su-  
men estos o aquellos partidos. Que no hubiera necesidad, para elegir-  
los, de realizar todas las híbridas y a veces repugnantes combinacio-  
nes políticas que se realizan. En buenas cuentas: que fuera elegido por  
el país, no por un grupo de partidos. De este modo no estaría obliga-  
do a servir a éstos, en desmedro de aquél. Y me gustaría que ese pre-  
sidente no se quejara nunca, en la intimidad, de que éstos o aquéllos  
no lo dejan gobernar, no; "mi" presidente, en ese caso, se asomaría a  
una de las ventanas de la Moneda y gritaría, con toda la voz que tu-  
viera: "¡Señores: no me dejan gobernar! ¡Auxílienne ustedes!" Enton-  
ces, usted, yo y todos los hombres de conciencia y vida limpias, iría-  
mos, con mantas y palas, y mantearíamos primero y apalearíamos después  
a los intrusos. ¿Qué le parece?

--No me parece ni claro ni realizable.

--Por eso le decía yo que la cuestión presidencial era para mí ca-  
si una cuestión de conciencia. Y usted sabe que las cuestiones de con-  
ciencia rara vez son claras y realizables.

Manuel Rojas